

GLOSARIO DE TÉRMINOS SOBRE TIQQUN

Tiqqun. En la Cábala de Isaac Luria (1534-1572) el término *Tiqqun* denomina un proceso de redención, la restauración de la unidad de sentido y vida, la reparación de todas las cosas por la acción de los propios hombres. El *Tiqqun* es que cada acto, cada conducta, cada enunciado, en tanto *acontecimiento* dotado de sentido, se inscriba por sí mismo en su metafísica propia, en su comunidad, en su “partido”. *Tiqqun* es el devenir-real del mundo, el proceso de revelación de toda cosa como *práctica*: porque es, es verdadera, así, *como* ella es. Es la acción de devolver a cada hecho su propio *cómo*, de tomarlo como únicamente real. El *Bloom* forma parte del *Tiqqun*, que abre una “temporalidad interior a la historia” y permite una reparación de todas las cosas. Hacia el final de la *Teoría del Bloom* se dice que la “frágil positividad” de este mundo, cada día acosado por nuevos temores, proviene nada más que de la *suspensión del Tiqqun*.

Bloom. Es una figura central y ambigua, extraída del personaje de *Ulises* de Joyce. “Prisionero en la trivialidad de la existencia cotidiana, el hombre vive bajo el imperio impersonal del 'se' (*das man*): yo me veo obligado a trabajar, a vivir e incluso a sostener determinados puntos de vista porque así *se* trabaja, *se* vive y *se* piensa” (Heidegger). Kafka, Walser y el *Bartleby* de Melville han analizado asimismo este último hombre, de borrosos atributos. Con *Bloom* florece la niebla de la indecisión, máxima expresión de la seguridad en nuestro mundo despojado de experiencia. El *Bloom* sustituye al “proletario” de Marx, al “espectador” de Debord y al “musulmán” de Agamben como representación de la alienación y la desposesión extremas. El *Bloom* es *nada*, pero una nada que puede serlo *todo*. Expropiado de cualquier inscripción en una comunidad, el *Bloom* es también “pura disponibilidad para dejarse afectar”. Eso le posibilita reapropiarse de su no-pertenencia esencial y crear una comunidad fuera de los moldes tradicionales: nación, clase, oficio... En el *Bloom* habita la promesa de una comunidad abierta e incluyente, no definida por una identidad. Pero no es fácil hacerse cargo de tanta desnudez, de ahí que sea probable la adhesión ciega del *Bloom* a cualquier identidad postiza.

Biopoder. Es la reducción de la vida humana a simple carne que vigilar y gestionar según parámetros estandarizados de belleza, salud o placer. Desde el poder médico al mercado de las sensaciones, el biopoder (Foucault) se arroga toda competencia sobre lo que tenemos de más íntimo, ya sea nuestro sufrimiento o nuestro deseo. Los expertos y especialistas del biopoder nos definen y describen lo que sentimos verdaderamente. De ese modo, nos quedamos sin lenguaje, físico o verbal, para nombrar nuestros malestares o expresar lo que queremos. Ya no somos capaces de hablar, sentir o desear por nosotros mismos. Pasamos de sujetos a pacientes, de cuerpos apasionados a autómatas emocionales. Nos transformamos en cosas. La Jovencita y los Hombres-máquina son las figuras a través de las cuales *Tiqqun* piensa estos cuerpos extranjeros a sí mismos y sometidos a la tiranía del “buen funcionamiento”, sea en la salud, en el amor sexual o en el orden laboral.

Espectáculo e imperio. *Tiqqun* se esfuerza en analizar el poder, no tanto como la acción de un agente extranjero o un sujeto que nos hace frente, sino como un conjunto de relaciones en las que estamos involucrados. De ese modo redefinen y usan dos conceptos relevantes de la teoría crítica contemporánea: espectáculo (Guy Debord) e

imperio (Toni Negri). “El espectáculo no es una cómoda síntesis del sistema de los mass-media. Consiste también en la crueldad con la que todo nos remite sin tregua a nuestra propia *imagen*. El imperio no es una especie de entidad supra-terrestre, una conspiración planetaria de gobiernos, de redes financieras, de tecnócratas y de multinacionales. El imperio está allí donde *no pasa nada*. En cualquier sitio donde *esto funciona*. Ahí donde reina la situación normal”. (*Llamamiento*). En contraste con el Estado moderno, el Imperio no niega la existencia de la guerra civil, simplemente la *gestiona*. La misma policía no está sólo para imponer el orden, sino para gestionar el desorden. Así como la publicidad se muda en Espectáculo, la policía se convierte en Biopoder. Bajo el Imperio la diferencia entre la policía y la población se ha abolido. Cada ciudadano del Imperio puede, en todo momento, y en un grado de reversibilidad propiamente bloomsca, revelarse como un poli. Como el poder de coerción es el que la masa anónima ejerce sobre cada uno de sus elementos, la perfección del dispositivo de vigilancia reside en la ausencia de vigilantes. Es la conjuración masiva de toda forma-de-vida en una separación capilar, flexible, que divide a cada hombre por dentro.

Forma-de-vida. Entre el estruendo del Espectáculo, que quiere que *habléis*, y el silencio del Biopoder, que quiere que *viváis*, el Bloom es la eterna adolescencia de la humanidad. Pero encierra al mismo tiempo la más alta posibilidad. Precisamente porque el Bloom es el hombre del nihilismo consumado, su destino consiste en operar la salida del nihilismo o perecer. En la medida en que no es un individuo, el Bloom es el umbral de una posibilidad insólita. Y es temido por eso. La forma-de-vida es la *polarización* íntima de la “nuda vida” (Agamben) en que ha caído el Bloom, su *clinamen*, su atracción, su *gusto*. Forma-de-vida es una caída y una elevación (Nietzsche): no se relaciona con lo que yo soy, sino con el *cómo*, con cómo soy lo que soy. Intenta ser fiel a la *inclinación* más que a los predicados, ser fiel a algo completamente distinto a la identidad formateada por “la sociedad”. En última instancia, se trata de asumir la necesidad íntima de la contingencia, sin soluciones externas. Si la muerte abre un boquete vergonzoso en el tejido biopolítico (en contacto con la muerte, “la vida deja súbitamente de ser evidente”) reapropiarnos de la violencia exige acabar con la idea de una muerte que sobrevendría al final. La muerte es cotidiana, es este empequeñecimiento continuo de nuestra presencia ante la imposibilidad de empuñar nuestras inclinaciones. Opuesta a la Metafísica de la *separación* que nos gobierna, la Metafísica Crítica, la antropología negativa que permite invertir el Bloom, es “una física que reserva a cada ser su disposición al milagro” (*Introducción a la guerra civil*).

Comunidad y comunismo. Toda forma-de-vida tiende a constituirse en una *comunidad*, tan contingente como lo es el encuentro. Formas-de-vida semejantes dan lugar a una comunidad anterior a toda decisión, a un encuentro que circula. No hay *la* comunidad, sino el acontecimiento comunitario, cuyo contagio se propaga. Llamamos *comunismo* al movimiento real que elabora en todo lugar, en cada instante, la guerra civil. El comunismo es la realización del Tiqqun en el terreno de la historia. Pero no hay “transición al comunismo”, pues el comunismo es la categoría de la transición. “Nuestra única preocupación es el comunismo. No hay nada previo al comunismo. Los que creyeron lo contrario, a fuerza de perseguir la finalidad, zozobraron con cuerpos y bienes en la acumulación de medios. El comunismo no es otra manera de distribuir las riquezas, de organizar la producción o de administrar la sociedad. El comunismo es una disposición ética: una disposición a dejarse afectar, en contacto con otros seres, por lo

que nos es común. Una disposición *a compartir lo común*. El otro estado de Musil se le parece mucho más que la URSS de Jruschov» (*Teoría del Bloom*).

Guerra civil. Libre juego de las formas-de-vida, es el principio de su co-existencia. Como la violencia es aquello de lo que hemos sido desposeídos, y de lo que hace falta reapropiarse para acabar con la *hostilidad* que ha crecido en la sociedad mercantil, Tiqqun defiende una ética de la guerra civil. Guerra, porque la eventualidad del enfrentamiento no puede ser nunca excluida. Civil, porque las formas-de-vida no se enfrentan como Estados, sino como partidos, máquinas de guerra partisanas. Guerra civil porque ignora la separación entre nuda vida y existencia política. Si el Estado moderno es la continuidad de la guerra civil por otros medios, el Imperio es su conjura global, su control homeostático. Controlar la guerra civil, neutralizarla, es la máxima aspiración del Estado. La máquina de guerra, existencia dedicada a su inclinación, es la única alternativa a la dicotomía entre Espectáculo y Biopolítica, entre ghetto y ejército, entre lentitud trágico-soviética y agitación cómico-grupuscular. Tiqqun no cree en la Revolución, sino en la “doble secesión” del capitalismo y de una simple oposición a él. Apuestan por las revoluciones que comienzan con la *huelga humana*, la deserción de la identidad reconocida, pues “todo reconocimiento *en* el Espectáculo no es más que reconocimiento *del* Espectáculo”. “La guerra civil quiere decir solamente: el mundo es *práctico*; la vida, heroica, en todos sus detalles” (*Introducción a la guerra civil*).

Partido Imaginario. Tiqqun llama así a la multiplicidad de prácticas, existencias y mundos dis-conformes. No se trata de una clase social ni de un segmento concreto de la sociedad, sino más bien de un movimiento difuso de *deserción* de los papeles impuestos. De un lado la humanidad radiante, cuidadosamente formateada, transparente a todos los rayos del poder, idealmente despojada de experiencia y ausente de sí hasta el cáncer. Del otro, *nosotros*, esa masa de mundos infra-espectaculares, de parias intersticiales: existencias inconfesables de los que no se reconocen en la tibieza climatizada del paraíso imperial. La consistencia fragmentada que se llama Partido Imaginario es la expresión política de la negatividad, del accidente general que arrastra esta sociedad en conflictos parciales, sordos, irreconocibles. Este proceso es la otra cara del repliegue que es el Imperio. Al hacer del mundo un tejido biopolítico continuo, el Afuera ha pasado Adentro, y es aquí donde aparece la discontinuidad *durmiente* del “enemigo cualquiera”, una multiplicidad de prácticas que agujerean el Imperio. La esfera de la hostilidad que es el capitalismo sólo puede ser reducida extendiendo el dominio ético-político de la amistad y la enemistad. El Partido Imaginario no es más que la formación por contagio del plan de consistencia donde amistades y enemistades se despliegan libremente y se vuelven legibles. El Partido Imaginario no plantea un antagonismo dialéctico o una relación de fuerzas clásica, clase contra clase, sino un movimiento de secesión de la sociedad. La tarea *política* es articular esas deserciones heterogéneas en un plano de consistencia, sin totalizarlas ni unificarlas. El agente del Partido Imaginario es aquel que, partiendo de donde se encuentra, de su posición, prosigue el proceso de *polarización*, de asunción diferencial de las formas-de-vida. Este proceso no es otro que el Tiqqun.

Comité Invisible. La guerra civil se ha refugiado en todos, el Estado moderno ha puesto a cada cual en guerra contra sí mismo. Llevando a cabo su guerra total a la guerra civil, el Imperio ha propagado en su lugar la *hostilidad*, aunque bajo el nombre

de "economía". Indiferenciada, exenta de toda personalidad, la economía es el odio sordo hacia lo que aún podría ocurrir. Sin embargo, conocida como existencia singular, cada cosa escapa a la esfera de la hostilidad, volviéndose amiga o enemiga. La "ética de la guerra civil" que se expresa así recibe el nombre de Comité Invisible. Ella marca una fracción determinada del Partido Imaginario, su polo revolucionario. Pero no se trata de una organización, sino de una sociedad abiertamente secreta, un nivel superior de lo real. Territorio metafísico de secesión, que adquiere la amplitud de un mundo, es el espacio de juego cuya creación positiva puede cumplir la gran migración del mundo de la economía.

Ignacio Castro Rey. 27 de diciembre de 2012